

El *brexit*: ¿qué pasó y qué sigue?

Brexit: What Happened and What Is Next?

Mark Aspinwall

Director de la División de Estudios Internacionales del CIDE

mark.aspinwall@cide.edu



Resumen:

En este artículo se revisan las causas del voto del *brexit* en Reino Unido en 2016, y el proceso de negociación entre la Unión Europea (UE) y Reino Unido que empezó en marzo de 2017. La relación después del divorcio entre Reino Unido y la UE dependerá de varios compromisos británicos, sobre el pago final, la protección de los derechos de europeos que viven en Reino Unido y la relación entre Irlanda del Norte e Irlanda.



Abstract:

In this article I discuss the causes of the *brexit* vote in 2016, as well as the negotiating process that has unfolded since March, 2017. The British economy has suffered, especially in the value of the pound and lower growth since the vote. On the other hand, long-term economic prospects for the UK are hard to predict, at least until the final details of the departure from the European Union are known.



Palabras clave:

Brexit, Unión Europea, Reino Unido, negociación, América Latina, México.



Key Words:

Brexit, European Union, United Kingdom, negotiations, Latin America, Mexico.

El *brexit*: ¿qué pasó y qué sigue?

*Mark Aspinwall*¹

¿Qué falló?

“Todas las familias tienen un secreto”, escribió el autor inglés Alan Bennett, “y el secreto es que no son como las otras familias”. Así como con las familias, sucede con los países. Reino Unido se ha considerado a sí mismo diferente del resto de los Países Miembros de la Unión Europea (UE). Desde su decisión en la década de los cincuenta de no involucrarse en la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, su política de los años noventa de “esperar y observar” el desarrollo de la moneda común (euro), hasta el referéndum de 2016 para salir de la UE (*brexit*), Reino Unido se muestra a menudo aislado y negativo.

Entre los defensores del *brexit* está el mundo angloparlante que forma la comunidad natural para Reino Unido. Robert Conquest proponía la creación de una unión angloparlante entre Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Nueva Zelanda y Australia. No explicó por qué esta unión angloparlante incluiría sólo países predominantemente blancos, ni qué cambiaría conforme éstos se hicieran más latinos y asiáticos. En consonancia con su vehemente rechazo a la UE, Conquest argumentaba que la unión angloparlante sería “un agrupamiento natural en vez de artificial”. Dividir y cortar sobre líneas culturales, y no a través de ellas, crearía uni-

¹ El autor agradece la ayuda de José Miguel Olvera en la preparación de este artículo.

dad entre los países con las mismas tradiciones legales y políticas, además de las lingüísticas y culturales.²

Numerosos estudiosos han discutido durante largo tiempo la difícil relación entre Reino Unido y la UE, pero sus explicaciones usualmente reiteran las diferencias históricas entre ellos. Los *euroescépticos* británicos creen que son distintos al conjunto de la UE que los demás miembros. Esto se debe a su experiencia en la Segunda Guerra Mundial (estuvieron del lado ganador y no fueron invadidos), la larga tradición democrática liberal, la insularidad y los lazos con la Mancomunidad de Naciones (Commonwealth) y con Estados Unidos (su antiguo imperio). “La historia de nuestra isla nos ha dejado una herencia democrática más rica que en el resto del continente”, escribió en 1991 Bill Cash, un prominente parlamentario euroescéptico. Para los que piensan como él, esta “historia de la isla” significa que la integración europea debía rechazarse, por ser inapropiada para Reino Unido. La ironía es que Reino Unido, que se supone es abierto y global, se volvió estrecho y nacionalista en lo que concierne a Europa, mientras que el resto del continente, presuntamente rígido, autoritario y corporativista, se volvió cosmopolita.

Con todo, la historia no es lo que distingue a Reino Unido de sus socios europeos. La experiencia histórica es, por supuesto, diferente en todos lados, pero lo que produce es lo mismo: identidad nacional. Ha habido un aumento generalizado con respecto a sentimientos nacionalistas a lo largo de Europa, causado por la inmigración del este y del sur, y por varias crisis económicas. Esto sucedió desde la década de los noventa. El francés, el italiano y el alemán son iguales de antieuropeos que el británico. Y aun así, rara vez se observa el nivel de aversión de los gobiernos continentales hacia la integración europea que sí se observa en Reino Unido.

Tampoco es que Reino Unido tenga intereses económicos tan diferentes. Las empresas británicas, los sindicatos y una gran parte de la población se han ajustado notablemente a la UE a lo largo de 45 años. La actividad económica se hizo más europea después del ingreso a la UE en 1973; los ciudadanos británicos vacacionan, estudian, trabajan y poseen propiedades en otros países europeos.

² Robert Conquest, “Toward an English Speaking Union”, en *The National Interest*, núm. 57, otoño de 1999, pp. 64-70.

Es cierto que estos cambios tomaron tiempo. En los setenta, mientras las principales economías continentales tenían niveles de comercio con socios europeos de alrededor de 45% a 50%, los niveles británicos eran al menos 10% más bajos. Pero en ese momento Reino Unido acababa de hacerse miembro del grupo. Los efectos de la diversificación regional del comercio toman tiempo antes de que se perciban.³ De hecho, si se considera a países de tamaño similar, el comercio británico de bienes y servicios con socios de la UE como porcentaje de su comercio total es muy semejante. En 2015, las exportaciones de bienes británicos a países de la UE fueron de 230 000 millones de euros (MDE), mientras que Francia e Italia (con poblaciones similares) tuvieron 188 000 y 187 000 MDE, respectivamente.⁴

Otra cuestión que afecta la relación es el sistema bipartidista británico. Usualmente, éste resulta en un gobierno de un solo partido en la Cámara de los Comunes. El gobierno unipartidista produce euroescepticismo porque los dos grandes partidos tienen un espectro ideológico amplio y, por tanto, albergan muy distintas visiones de Europa (y otros asuntos). Los extremistas antiintegracionistas tienen pocas probabilidades de éxito parlamentario si no se integran a alguno de los dos partidos principales: Laborista y Conservador. Esto hace que los líderes de los partidos deban oscilar entre los centristas pro-integración y los extremistas anti-integración, situación especialmente crítica cuando la mayoría del gobierno en el parlamento es baja.

El resto de los países de la UE tienen, en su mayoría, sistemas de representación proporcional y gobiernos conformados por distintos partidos en coalición. El poder suele compartirse entre los partidos centristas. La paradoja es que es más fácil que los partidos extremistas ganen representación parlamentaria en sistemas de representación proporcional, pero es menos probable que formen parte del gobierno. De hecho, los parlamentarios anti-integración tienden a ser excluidos de la formulación

³ Mark Aspinwall, "Britain and Europe: Some Alternative Economic Tests", en *Political Quarterly*, vol. 74, núm. 2, abril de 2003, pp. 146-157; véase también M. Aspinwall, *Rethinking Britain and Europe*, Manchester, Manchester University Press, 2004.

⁴ Véase "Intra-EU Trade in Goods - Recent Trends", en Eurostat. Statistics Explained, 23 de agosto de 2017, en http://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/Intra-EU_trade_in_goods_-_recent_trends (fecha de consulta: 12 de noviembre de 2017).

de políticas en los países en los que suele haber gobiernos de coalición. Esto se pudo observar claramente en las elecciones de 2017 en varios países europeos occidentales miembros de la UE: si bien los partidos populistas ganan votos y curules, no forman parte del gobierno excepto en algunos Países Miembros del Este y recientemente en Austria.

El pluralismo natural de los gobiernos británicos fue mejor administrado por el Partido Laborista que por el Conservador; principalmente porque este último tuvo la presión de estar al frente del gobierno a lo largo de 18 años (de 1979 a 1997, y de nuevo desde 2010). Los sucesos en la década de los ochenta y noventa exacerbaron las divisiones en el Partido Conservador. Primero, fue la hostilidad abierta entre la nacionalista primera ministra Margaret Thatcher y el ambicioso y supranacionalista presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors. En segundo lugar, una serie de crisis como el Miércoles Negro en 1992 y la crisis de las “vacas locas” en 1996 fueron mal manejadas por los gobiernos conservadores.

Para John Major, todo su periodo como primer ministro (1992-1997) estuvo marcado por la enorme dificultad de sostener su coalición partidista interna. En cada crisis, la influyente y hostil prensa impresa británica, como *The Sun*, amplificó intencionalmente la opinión euroescéptica y vigorizó el descontento de los parlamentarios conservadores con respecto a la integración europea.

El Partido de la Independencia de Reino Unido (UKIP) surgió en 1993 como una reacción a la continua integración europea. Con el tiempo, el carismático demagogo Nigel Farage sobresalió de una serie de líderes menos efectivos para tomar control del partido, convirtiéndose así en un fastidio para el Partido Conservador, al que comenzó a quitarle votos y a forzar a los conservadores a seguir (al menos en el papel) una dirección anti-integracionista. El UKIP fue un actor clave en el referéndum de 2016.

Los ciclos de enojo mediático y político relacionados con el gobierno disminuyeron durante los años de Tony Blair (1997-2007) y después con Gordon Brown (2007-2010). La UE atemperó sus ambiciones y los gobiernos laboristas de Blair y Brown disfrutaron de amplias mayorías. El gobierno de Blair tuvo además otras prioridades (como el cambio constitucional y el proceso de pacificación de Irlanda del Norte). Blair estuvo comprometido con la integración europea, pero cuando se lanzó a la mal aconsejada invasión a Irak en 2003, su capital político se agotó.

Entre tanto, la crisis financiera de 2008, los conflictos prolongados y las crisis democráticas en Medio Oriente, el norte de África y el mundo árabe, el estancamiento de las economías europeas, los ataques terroristas aislados y una Rusia hostil e impredecible, así como otras numerosas calamidades se combinaron para volver a despertar sentimientos nacionalistas a lo largo de Europa. Sobre todo, la decisión en 2015 de la canciller de Alemania, Angela Merkel, de admitir a cientos de miles de inmigrantes de todo tipo, incluyendo solicitantes de asilo *bona fide* y migrantes económicos, impactó la política europea a nivel electoral. Reino Unido no fue la excepción.

De hecho, el tema migratorio había influido en la política británica desde mucho antes de 2015. La inmigración fue un asunto destacado en los años noventa, que sólo ha empeorado. Tony Blair accedió al libre tránsito de europeos del este desde el momento en que se unieron a la UE en 2004, en contraste con otros países que impusieron periodos de transición de hasta seis años. Los burócratas británicos subestimaron por mucho el número de personas que llegarían, especialmente de Polonia. La UE, nunca antes señalada por ser fuente de extranjeros en Reino Unido, compartía ahora también esa culpa.

Los resultados del referéndum del 23 de junio de 2016 son bien conocidos. El primer ministro David Cameron decidió cumplir su promesa de campaña de celebrar un referéndum sobre la pertenencia de Reino Unido a la UE. Creyó que esto menoscabaría el apoyo al UKIP (este partido ganó 12.6% de los votos en la elección general de 2015 y se convirtió en una fuerza política importante en Reino Unido). Esto silenciaría a los nacionalistas (tanto dentro como fuera del su propio partido), que querían una oportunidad de votar la salida de la UE. Cameron pensó que ganaría, tal como hizo el primer ministro Harold Wilson en el referéndum de 1975.

La votación expuso serias divisiones entre el Reino Unido rural y urbano, entre las naciones del norte (Escocia e Irlanda del Norte) e Inglaterra, entre profesionistas de clase media y aquéllos con menos educación y entre generaciones. Los ciudadanos con menos recursos (de cualquier tipo) y menos expuestos a otras culturas se unieron para desafiar a las elites que argumentaban que la integración europea y la pertenencia a la UE estaban en el interés de Reino Unido.

Reino Unido se mueve hacia la independencia

La primera tarea, tanto para el gobierno británico, como para los 27 países de la UE, es el proceso de negociar una salida ordenada de Reino Unido de la UE. A pesar de que los escenarios cambian de día en día, Reino Unido ha declarado que quiere recuperar el control sobre la inmigración, terminar con las aportaciones al presupuesto de la UE y, en general, recuperar soberanía eliminando la jurisdicción del Tribunal de Justicia de la Unión Europea (TJUE). Tal es el nivel de incertidumbre sobre los derechos de los ciudadanos de la UE en Reino Unido, que la Confederación de la Industria Británica (CBI, por sus siglas en inglés) y la Federación Sindical (TUC, por sus siglas en inglés) hicieron un llamado conjunto para tener mayor certidumbre sobre sus derechos —y también sobre los de los ciudadanos británicos en el resto de la UE.

Los 27 países restantes de la UE, por otro lado, están buscando que Reino Unido cubra sus obligaciones financieras al menos para el actual presupuesto de la UE, que se extiende hasta 2020. Como en cualquier divorcio, el dinero está en juego. Las cantidades involucradas son inciertas y sujetas a debate, pero las exigencias financieras de la UE sirven como moneda de cambio para lo que Reino Unido desea más de Europa: acceso a su mercado. La UE también quiere que los derechos de sus ciudadanos residentes en Reino Unido queden garantizados, aunque parece evidente que los tribunales británicos estarán a cargo de que se respeten estos derechos.

Las garantías judiciales no son un asunto menor, porque cuando Theresa May fue ministra del Interior en 2014, intentó imponer límites políticos a los jueces de Reino Unido en casos de inmigración. Su argumento fue rechazado porque el Convenio Europeo de Derechos Humanos (CEDH) establece el “derecho a la vida familiar” que Reino Unido, como Estado Miembro, debe respetar. Ella declaró entonces:

Es inaceptable que nacionales extranjeros cuyo comportamiento criminal socava nuestra forma de vida puedan usar débiles alegatos de derechos humanos para evadir la deportación. Mientras que las personas tienen derechos a la privacidad y la familia de acuerdo con el artículo 8 [del CEDH], es legítimo que el gobierno

interfiera con el ejercicio de ese derecho cuando sea necesario, proporcional y cuando esté en el interés público hacerlo.⁵

En otras palabras, de acuerdo con la persona que ahora es responsable de la salida de Reino Unido de la UE (que incluye los derechos de los ciudadanos de la UE que permanecen en Reino Unido), los gobiernos democráticamente electos tienen derecho a decidir conforme al “interés público” cuándo se pueden ignorar los estándares de derechos humanos. El CEDH no es lo mismo que la UE, pero la actitud de Theresa May hacia las obligaciones legales es preocupante.

La UE accedió a tratar el asunto del comercio británico con el Mercado Único europeo, una vez de que estos asuntos fueron resueltos en diciembre de 2017, junto con el de la frontera entre Irlanda e Irlanda del Norte. Todos en Reino Unido (incluyendo los intereses económicos más importantes como la CBI y la TUC) quieren permanecer dentro del Mercado Único. Al mismo tiempo, la posición del gobierno ha sido eliminar la jurisdicción del TJUE, aunque éste sea clave para asegurar el funcionamiento de este mercado. Efectivamente, Reino Unido quiere retomar el control sobre sus regulaciones, pero luego quiere que se las reconozcan en Bruselas, como lo señaló Michel Barnier, el jefe negociador de la UE.

Reino Unido y la UE sí comparten algunos objetivos. Ambos tienen un enfoque liberal en el comercio; ambos concuerdan en que el Acuerdo del Viernes Santo sobre compartir el poder en Irlanda del Norte debe ser protegido. En diciembre de 2017, Reino Unido e Irlanda tomaron decisiones para llegar a un acuerdo sobre el marco regulatorio de la isla irlandesa. Buscan una forma de coordinar sus sistemas regulatorios sin dar señales de unificación de la isla. Sin embargo, la posibilidad de una frontera dura entre Irlanda (miembro de la UE) e Irlanda del Norte (parte de Reino Unido) es preocupante. Ésta es la única frontera terrestre de Reino Unido y será pronto una frontera entre la UE y un Estado no Miembro, lo cual puede empeorar las tensiones sobre el futuro de Irlanda del Norte.

⁵ Ministerio del Interior de Reino Unido, “Radical Immigration Changes to Reform Family Visas and Prevent Abuse of Human Rights”, comunicado de prensa, Londres, 11 de junio de 2012, disponible en <https://www.gov.uk/government/news/radical-immigration-changes-to-reform-family-visas-and-prevent-abuse-of-human-rights> (fecha de consulta: 27 de febrero de 2014). Traducción del autor.

Theresa May buscó romper el estancamiento con un discurso en Florencia en septiembre de 2017. En un gesto conciliatorio, propuso una transición de dos años en la que Reino Unido: a) pagaría sus obligaciones financieras con la UE hasta 2020; b) permitiría a los inmigrantes de la UE vivir y trabajar en Reino Unido (aunque tendrían que registrarse), y c) continuaría el comercio de conformidad con los acuerdos presentes. También propuso una alianza de seguridad, aunque no fue claro qué implicaría esto.

Por último, los dos lados llegaron a un acuerdo en diciembre de 2017. Reino Unido pagará al menos 50 000 MDE para cubrir sus obligaciones como (ex) miembro de la UE, aunque el monto total no se sabrá por años. Los sistemas regulatorios en cuanto al comercio entre Irlanda del Norte e Irlanda se mantendrán “alineados” para evitar “una frontera dura”. Al mismo tiempo, Irlanda del Norte continuará como parte de Reino Unido, una paradoja que puede surgir como problema en el futuro. Finalmente, los tres millones de ciudadanos europeos que viven en Reino Unido (y los ciudadanos británicos que viven en otros países de la UE) tendrán el derecho de seguir viviendo y trabajando en sus países adoptivos. Habrá libertad de movimiento hasta 2021, aunque los de nuevo ingreso tendrán que registrarse con las autoridades. El TJUE conservará su capacidad de interpretación de estos derechos hasta 2027.

Con este acuerdo, la UE abrió la puerta a negociaciones de transición y de un nuevo acuerdo (que se dará con el tiempo) sobre la relación comercial entre Reino Unido y la UE. Lo que sucederá es difícil de predecir, aunque parece más probable que habrá un *soft brexit*; es decir, un divorcio en el cual ambos lados se tratarán con respeto. En términos concretos, es más probable que Reino Unido mantenga el acceso al mercado común de la UE bajo un acuerdo nuevo.

Algunos posibles escenarios económicos y políticos

Desde el punto de vista económico, los pronósticos para Reino Unido son mixtos. El valor de la libra esterlina colapsó después del voto del *brexit*, y ha permanecido débil desde entonces. Esto impulsó las exportaciones, pero también contribuyó a que aumentaran las presiones inflacionarias.

Es claro que las implicaciones económicas para Reino Unido dependerán de un número de factores, como el acceso a los mercados europeos, el monto final que tendrá que pagar a la UE por todo lo que debe (incluyendo fondos de pensiones y otras obligaciones de largo plazo) y las decisiones en materia de inmigración. Un documento filtrado en 2017 apunta a que Reino Unido favorecería a los inmigrantes europeos altamente calificados para prevenir la escasez de profesionales y proteger los salarios.

Reino Unido está profundamente integrado en cadenas globales de valor, incluyendo servicios y economía digital. Investigaciones hechas por Bhaskar Chakravorti de la Universidad de Tufts indican que la economía digital es responsable por hasta 16% de la producción nacional y 10% del empleo. Alrededor de 50% de los insumos de la economía digital son importados, mientras que 20% son exportados. Reino Unido tiene también una gran industria de comercio digital (sólo después de Estados Unidos). La economía digital dependerá mucho de la conclusión de las negociaciones, dado que este sector es vulnerable a que le reduzcan el número de trabajadores inmigrantes, a un menor acceso a los mercados europeos y a lo que Chakravorti llama la “fragmentación de grupos de innovación”.⁶

Prever las implicaciones políticas es quizá más difícil. Ciertamente, el populismo a lo largo de Europa afectó el referéndum en Reino Unido (que fue luego afectado por el resultado del referéndum). Como indican otros capítulos en este volumen citado de Chakravorti, las elecciones en varios países europeos en 2017 marcaron un giro populista, aunque —con excepción de Austria— sin gobiernos populistas que hayan accedido al poder en ninguno de los países de Europa Occidental miembros de la UE.

El escenario para las antiguas colonias británicas y México/América Latina

La decisión de abandonar la UE ha tenido impactos financieros en las antiguas colonias de Reino Unido, ya que perderán recursos de varios

⁶ Bhaskar Chakravorti, “Brexit Could Deepen Europe’s Digital Recession”, en *Harvard Business Review*, 5 de julio de 2016, en <https://hbr.org/2016/07/brexit-could-deepen-europes-digital-recession> (fecha de consulta: 18 de diciembre de 2017).

programas de la UE. Por ejemplo, en el presupuesto 2014-2020, 76.8 MDE fueron destinados al Fondo de Desarrollo Europeo para los territorios ultramarinos de Reino Unido, excluyendo a Gibraltar, así como 100 MDE a fondos regionales. Estos fondos son especialmente importantes para las Islas Caimán y las Islas Vírgenes Británicas. Es incierto si este dinero será reemplazado por fondos de Reino Unido, dada la austeridad presupuestaria británica. Esto es aún más serio para países más pobres de la Commonwealth como Jamaica y Monserrat.

Las consecuencias para Jersey, Gernsey y la Isla de Man incluyen la potencial pérdida de acceso al Mercado Único europeo y los privilegios de libre tránsito, incluidos el turismo y las exportaciones agropecuarias a la UE. Lo último es especialmente importante para las islas Falkland/Malvinas y las Islas Vírgenes Británicas (en el caso de la pesca). Para Bermuda, el asunto de los servicios financieros es importante: como un relevante centro de seguros y servicios bancarios, el acceso al mercado europeo es crítico. Para la UE, el *brexit* elimina el conflicto de las Islas Falkland/Malvinas de la agenda con Latinoamérica y el Caribe, asunto que surgía a menudo en las cumbres birregionales.

En un sentido más abstracto, el *brexit* podría resultar en una UE que mire más hacia dentro que hacia afuera: priorizará su consolidación y unidad sobre la apertura al exterior. Esto será particularmente cierto si la política populista continúa su ascenso. Con los retos que hoy enfrenta Europa (crecimiento lento y desempleo, integración social e inmigración, el euro, los retos de seguridad frente a Rusia y otras partes del vecindario), las nuevas prioridades en América Latina serán difíciles de justificar, especialmente si requieren más liberalización. Una vez que Reino Unido salga, América Latina perderá un aliado importante en la apertura de los mercados europeos.

Por otro lado, la UE continúa actualizando su relación con los países de Latinoamérica y el Caribe. La UE sabe que México es una de las dos economías más grandes y dinámicas de América Latina, que ha incrementado su presencia en el escenario internacional (aunque menos que Brasil). La UE es el segundo destino de exportación más importante para México (después de Estados Unidos) y es la tercera fuente más grande de importaciones para México (después de Estados Unidos y China). La UE goza de un superávit comercial con México; de hecho, la exportación de

servicios a México ha aumentado rápidamente en los últimos tres años. Los flujos de inversión también reflejan un superávit de la UE.

Por su parte, Reino Unido puede buscar expandir su asociación a lo largo de América Latina cuando se encuentre fuera de la UE. Irónicamente, como México, pero por diferentes razones, Reino Unido necesita diversificar sus relaciones económicas y alejarse del socio económico dominante que tiene de vecino. Esto será aún más cierto si resulta un *brexít* duro de las negociaciones: uno que deje a Reino Unido completamente fuera del Mercado Único. Sin embargo, solo, Reino Unido es un mercado menos interesante, dado que es mucho más pequeño que la UE, y tanto el comercio como la inversión entre Reino Unido y Latinoamérica y el Caribe es marginal. Por ejemplo, el comercio total entre Reino Unido y México es de apenas un poco más de dos mil millones de libras esterlinas.

A pesar de todo, la región de Latinoamérica y el Caribe ha sido una prioridad para Reino Unido desde el primer gobierno de David Cameron en 2010. Reino Unido ha invertido sumas considerables en financiamiento científico para la cooperación con varios países latinoamericanos, principalmente a través de los British Academy Newton Funds. Aunque irónico, estudiantes latinoamericanos están perdiendo interés en estudiar en Reino Unido; su principal preocupación es el costo que conlleva. Mientras que varios países de la UE ofrecen educación gratuita, las colegiaturas en Reino Unido son muy elevadas. La otra preocupación tiene que ver con las visas de estudiante. Aunque Cameron elevó la prioridad de la política enfocada en Latinoamérica y el Caribe, su gobierno hizo más severos los requisitos para el visado para personas no ciudadanas de la UE, incluidos los estudiantes. Reino Unido ha sido un destino popular por el idioma. Hoy, esto se cuestiona y parece que los países de la UE (especialmente Francia) son los beneficiarios.

En un sentido político, el anticosmopolitismo populista que es tan evidente en Europa presenta retos para México y otros países latinoamericanos. Políticos y gobiernos europeos necesitan responder a las mentalidades cerradas y proteccionistas de muchos votantes, aunque busquen, a la vez, reforzar acuerdos con socios latinoamericanos. Reino Unido, por ejemplo, señaló en el verano de 2017 que esperaba mantener acceso preferencial al mercado mexicano después del *brexít*.

Al mismo tiempo, en calidad de socio internacional, México es cada vez más tecnocrático, abierto, dinámico y profesional, aunque para que esto en verdad funcione es necesario acelerar otros cambios en el país, tales como la reforma de gobierno, la mejora de la infraestructura y de la educación. México es visto en Europa como una potencia emergente importante, igual que Brasil en muchos aspectos, aunque acechado por persistentes problemas de gobernanza interna (especialmente relacionados con la corrupción, el crimen organizado y las violaciones de derechos humanos) que los gobiernos mexicanos no han logrado resolver.

Conclusión

Nuevos cismas han surgido a lo largo de Europa en el antiguo conflicto entre soberanía nacional e integración regional. Éstos provienen de amenazas reales o percibidas, algunas de las cuales son nuevas, otras más destacadas o percibidas. Las amenazas han endurecido tanto a la izquierda como a la derecha. Cuando los votantes temen amenazas a su integridad física o pérdida de identidad tienden a moverse a la derecha en su comportamiento electoral. Cuando temen dislocaciones económicas, como en el sur de Europa, se mueven hacia la izquierda. Europa muestra signos de fracturas regionales, urbanas y educacionales, reforzadas por los medios de comunicación y las redes sociales.

Estas tendencias presentan amenazas a la relación entre la UE y sus socios latinoamericanos. Para Reino Unido y los diseñadores de políticas de la UE será un reto mostrar la relevancia de Latinoamérica a sus ciudadanos. Sin embargo, es vital que lo hagan. Los asuntos más importantes giran en torno a la seguridad ciudadana y la gobernanza. Es aquí (no en las áreas de comercio e inversión ampliamente aceptadas) donde deberíamos ver mayor interés de la UE, e, idealmente, mayores recursos. En estos asuntos no hay diferencia entre Reino Unido y la UE: ambos quieren ver mejoras en Latinoamérica y harán lo que puedan para ayudar, principalmente compartiendo información, mediante intercambios y programas de financiamiento.